EL BESO.



EL BESO.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

SANTIAGO INFANTE DE PALACIOS.

Estrenada en el teatro Romea, la noche del 20 de Febrero de 1870.





BARCELONA.
ESTABLECIMIENTO TIPÓGRÁFICO DE JAIME JEPÚS ROVIRALTA,
CALLE DEL CÁRMEN, NÚM. 77, BAJOS.
1870.

DISTRIBUCION DE LA COMEDIA.

PERSONAGES.	ACTORES.
CELIA, PRIMA DE.	STA. CONSUELO TORRECILLA.
ALFREDO.	SRES. JOSÉ IZQUIERDO.
TIMOTEO, TIO DE AMBOS. . .	» GERVASIO ROCA.

La escena pasa en Madrid, y en la época presente.

ACTO ÚNICO.

El Teatro representa un salon de estudios. A la izquierda (1) y en segundo término, un piano con muchos papeles de música. A la derecha, y en primer término, un caballete con un retrato, una silla pequeña, lienzo, paleta con colores, y todo lo necesario para pintar; y en segundo, una mesa con muchos libros en desórden y un bastidor con bordado. Estátuas, lienzos y sillas. Dos puertas laterales y una al foro.

ESCENA PRIMERA.

CELIA, sola.

(Concluyendo de tocar al piano una pieza de música.) ¡Qué motivo mas infernal!... ¡Desde la primera nota hasta la última es una pura confusion! Su bello ideal consiste en una fuerza tal de instrumentacion, que hará mal al oido, y dejará sin pulmones á los pobres músicos que tengan la desgracia de tocar instrumentos de viento en semejante pieza. No me estraña, porque todas las obras musicales modernas, son poco mas ó ménos de igual calibre. ¡Parece imposible que á esto se le llame música de buen género, siéndolo bastante averiado! ¡Ahora recuerdo las conmovedoras romanzas de Rossini que yo cantaba con mi Alfredo!.... Basta de música... Hasta que vuelva, no quiero cantar, tocar, ni bailar... Prefiero seguir bordando este gorro que trato de regalarle. (Coje el bastidor.) ¡Qué adelantado lo tengo! Ya están casi terminadas nuestras dos iniciales, las cuales van enlazadas por medio de una flecha. C. A. Celia y Alfredo. ¡Durante su

(1) Entiéndase por izquierda y derecha, la del actor.

ausencia de tres años, cuántas veces he dibujado por do quiera esas letras, que me son tan caras! Lo que es á él, le disculpo sino le ha pasado lo propio, pues debe faltarle tiempo al amor mio para pensar en fusiles, cartucheras, ranchos y marmitas de su compañia. Es fuerza convenir, que harto cruel fué mi tio, imponiéndole que se alejase de mi lado; que fuese por tres años de guarnicion al fijo de Ceuta, y que ganase el empleo de capitan, si queria casarse y obtener mi mano. (Tira el bastidor.) ¡ La vista de este bordado trae á mi mente tristes recuerdos!... Bien mirado, es inútil que pierda mi tiempo en él, porque Alfredo debe llegar dentro de pocos dias y para entonces es de todo punto imposible que lo concluya. ¡ Qué alegria esperimento cuando pronuncio su nombre! Se me figura un sueño volverle á ver. ¡ Qué guapo estará !... ¡ Qué bien deben sentarle los tres galones con las tres estrellas!... No me cabe duda que su amor hácia mí le ha hecho conquistar semejante empleo; porque en sus amorosas cartas me lo ha repetido un millon de veces. ¡ Qué pareja mas deliciosa debo hacer yo al lado de un capitan! Habrá adquirido por completo el vicio que tienen todos los oficiales de andar siempre á paso redoblado... Me hará sudar; pero no importa. Yo le seguiré dignamente, con orgullo, con la cabeza erguida, y con el cuerpo mas derecho que una palmera (Pasea militarmente.) Al verme, todos fijarán sus ojos en mi y esclamarán : ¡ Que bien anda la capitana !... Felices... Saludo á usted... Beso sus piés, señora Capitana... Y yo le responderé : Gracias, gracias... Adios, adios buena gente. (Pasea militarmente.) ¡ Oh, qué alegría !... ¡ Y pensar que dentro de poco mis castillos en el aire van á realizarse! (Toma maquinalmente un libro y lee.) Si ; tienes razon, mi divino Schiller. La esperanza es lo último que debe perderse en esta vida... Esa misma esperanza, me ha pintado un porvenir risueño con mi Alfredo y creo... ¡ Que oigo !... ¡ Un carruaje !... (Se dirije á la puerta del foro.) No, no ; es el bueno del portero que cierra la cancela. ¡ Siempre se reservan para mí, desengaños tan prosáicos! (Mira su reló.) ¡ Aun no son las once! Estos benditos cilindros tienen cada hora de cien minutos! ¡ Cómo ha de ser !... Trabajemos un poco en el retrato de mi tio. (Se sienta frente al caballete.) Algunos toques mas y está concluido. Sin embargo, no estoy satisfecha de mi trabajo. Esta nariz no es la suya, apesar que es la quinta vez que la hago de nuevo. ¿ Quién diablos le habrá aconsejado á mi tio, tener una nariz tan irregular ? (Se apercibe del ruido de un carruaje y se dirije hácia la puerta del foro.) Lo que es esta vez, estoy segura de ello. Si, si ; es un carruaje. Ha

entrado en el zaguan... ¡Gran Dios!... ¡Yo no sé lo que me pasa!... ¡La cabeza me da vueltas... ¡No tengo valor para moverme!... ¡Alguien sube!... (Llamando en alta voz.) Claudio... Marta... Roque...

ESCENA II.

CELIA y TIMOTEO.

TIMOTEO. ¿Con quién hablabas, sobrina?

CELIA. (Descorazonada al verle.) (¡Mi tio!...) ¿Es usted querido tio? ¿Cómo se encuentra usted? ¿Cómo le ha probado el paseo?

TIMOTEO. A las mil maravillas. En verano una caminata de cuatro kilómetros todas las mañanas, me hace un bien indecible y me pone de buen humor para el resto del dia. ¿Y tú, cómo te encuentras?

CELIA. (Afectando ansiedad.) Mal; bastante mal. Tengo una jaqueca general, como diria, si me viese, nuestro amigo el doctor inglés.

TIMOTEO. ¡Ya, ya!... Pues yo creo que Mister William, no diria, aunque te viese, semejante despropósito.

CELIA. ¿Despropósito?... No por cierto, querido tio... La verdad es, que desde hace algun tiempo, siento una debilidad, cierta languidez, que me hace sufrir; pero no se asuste usted, amado tio.

TIMOTEO. Pues bien, tendremos una consulta.

CELIA. Lo apruebo. Tendremos una consulta compuesta de tres personas y este será el primer caso que, despues de ella, sane un enfermo por completo. El primer doctor será usted; el segundo yo...

TIMOTEO. ¿Y el tercero?

CELIA. ¿El tercero?... (Con timidez.) Alfredo.

TIMOTEO. ¡Ah!... Ya he comprendido tu mal, bribonzuela. Bien, bien; hablaremos.

CELIA. Es inútil, caro tio... Hemos hablado tanto, que ya es tiempo de ponerlo por obra.

TIMOTEO. ¿En qué estado se encuentra mi retrato?

CELIA. Su nariz me desespera y me hace rabiar. Aquí está. Déjeme usted que yo vea... Ahora la tiene usted un poco hácia la izquierda y ayer, cuando nos sentamos, estaba al lado opuesto... ¡No he visto nariz mas insolente que la suya!... Pero ya le pondré remedio. La nariz no impedirá que lo concluya dentro de pocos

dias, para que se lo podamos regalar à Alfredo cuando vuelva. ¿ No es cierto ?

Timoteo. Presumo que el tal Alfredito te trastorna la cabeza.

Celia. ¿ Y mi jaqueca, amabilísimo tio ?... Cuanto mas se acerca la hora de su vuelta, tanto mas desaparece mi mal.

Timoteo. Si he de decirte la verdad, ese negocio me tiene intranquilo.

Celia. (Asustada.) ¿ Y por qué?

Timoteo. Ya te lo he dicho mil veces y vuelvo à repetírtelo ahora. Eres aun muy jóven y demasiado inesperta.

Celia. ¡ Es usted muy cruel !... ¡ Hace tres años me decia lo mismo ! ..

Timoteo. Pues nó que hubiera sido mejor haber autorizado vuestro matrimonio y haber hecho caso de vuestras tiernas palabras: «Señor tio, caro tio, amable tio, nos queremos mucho, no podemos vivir el uno sin el otro, cásenos usted»... Si, si... ¡ Pues hubiese hecho una gran cosa!... ¡Un matrimonio de marionetas!... ¡Diez y ocho años por una parte y veinte y dos por la otra !...

Celia. Pero las razones que alegàbamos entonces, hoy carecen de valor, porque ya han pasado tres años , tres larguísimos años, y ya no somos marionetas. Alfredo es todo un hombre y yo soy una muger.

Timoteo. Ya lo veo. ¡ Casi, casi una matrona ! ¡ Ah, querida Celia !... ¡ Tu no sabes lo que es el matrimonio, ni ménos de cuanta fuerza de voluntad y paciencia, es necesario que se revista la muger en miles circunstancias ! Esta es la razon, por la cual nunca me ha gustado oir hablar de bodas y por la que he permanecido soltero, aceptando con sumo gusto tu tutela y el cuidado de tu persona, huérfana desde la edad de cinco años, con un pingüe patrimonio para el porvenir.

Celia. Yo siempre le he querido en estremo, bondadoso tio.

Timoteo. Además, los hijos... la dificultad para educarlos...

Celia. ¡ Los hijos !... ¡ Oh amado tio !... ¡ Si supiera usted cuantas veces he soñado que tenia un hijo !... ¡Qué bueno seria que dentro de un año tuviese yo un niño!... Ya creo verle... Ya pienso que me mira con sus pequeñuelos ojos y me pregunta: *¿Mamá, quién es este caballero?...* Es tu tio, idolatrado Alfredito... Porque

sin duda alguna se llamará Alfredo. Es tu tio Timoteo, á quien le debo el estar casada con tu querido papá. *Servidor de usted, señor tio...* le dirá mi hijo. *Le doy á usted las mas espresivas gracias en nombre de ambos... ¿Tiene usted algunos confites que regalarme, cariñoso tio?*

TIMOTEO. Y al año, harás que el chico sea un travieso y un goloso.

CELIA. Lo que digo, es para persuadirle que tendré toda la paciencia, toda la fuerza de voluntad, y toda la gravedad que se exigen á una esposa y á una madre.

TIMOTEO. Tú hablas así, porque jamás has hecho la prueba.

CELIA. Póngalo en práctica; pruébeme usted, querido tio.

TIMOTEO. Pues bien... Has de saber, que en este instante he recibido carta de Alfredo, anunciándome su llegada á Aranjuez; me dice que asuntos del servicio le imposibilitaron ponerse en camino hasta hoy y yo te participo que ántes de media hora llegará á Madrid.

CELIA. (Con entusiasmo.) ¿Será posible?... ¿Es cierto?... ¿No me engaña usted?... (Fuera de sí.) Déme usted la carta para que yo la vea.

TIMOTEO. (Riéndose.) ¡He ahí tu gravedad por los suelos; eclipsada como los astros; evaporada como el humo!

CELIA. Pues bien... se lo diré trájicamente. (Declamando.) ¡Una carta!... ¡Oh, cielos!... ¿Es ilusion?... ¿Estoy soñando ó despierta?... Acabad... (Alarga gravemente la mano derecha y despues en tono cómico.) Déme usted la carta, tio.

TIMOTEO. Dime ¿qué piensas hacer cuando veas á Alfredo?

CELIA. (Con entusiasmo.) Siguiendo la costumbre que tengo desde niña, me arrojo en sus brazos, le doy el beso en la frente, y le hago un mar de preguntas.

TIMOTEO. He ahí tres tonterías, ridículas á cual mas.

CELIA. ¿Tonterías?... Nada tiene de estraño, pues es mi primo; hace tres años que no le veo; es el único amigo de mi infancia y el hombre que tanto me quiere.

TIMOTEO. Apuesto cualquier cosa á que no eres capaz de recibirle con toda la calma que conviene y negarle el beso de costumbre.

CELIA. (Con resolucion.) No, no, querido tio; se lo confieso; no seré capaz.

TIMOTEO. Pues he ahí desmentida tu fuerza de voluntad.

CELIA. Si se tratase de una apuesta...

TIMOTEO. Pues bien, apostemos. Si al verle no le das el beso, te casas con él esta semana; y si se lo dás, te

desposarás dentro de un año y Alfredo volverá de nuevo al fijo de Ceuta. Me pediste una prueba y ha de ser esta.

Celia. ¿Otro año mas?... ¡No podré sobrevivir!... ¡Mi jaqueca se aumentará!... Acepto.

Timoteo. ¿Pero quién podrá asegurarme que si viene cuando yo no esté aquí, tú?...

Celia. Se lo juro... por la salvacion de...

Timoteo. Te pido mil perdones; pero no me fio. Mira, nos valdremos de este medio. Este es un pedazo de carbon con el cual trazas y dibujas en los liènzos. (Lo toma.) Yo te haré con él una señal perpendicular sobre los labios. Si cuando yo vuelva existe la señal, te casas con él esta semana; y si ha desaparecido, otro año mas al fijo de Ceuta.

Celia. ¡Linda prueba por cierto!... ¡Presentarme á mi Alfredo, despues de tres años de ausencia, como una carbonera!....

Timoteo. Pues esta ha de ser la prueba y sino la aceptas...

Celia. ¡Otro año de jaqueca!... Hágame usted la señal, amado tio. Estoy á sus órdenes.

Timoteo. (Mirando á su alrededor.) (Afortunadamente aquí no hay espejo alguno. Ella creerá tener la señal y yo no le haré ninguna... ¡Debe ser una escena chistosa!)

Celia. Estamos convenidos. Ya me siento con todo el heroismo de las matronas romanas. Haga usted la señal.

Timoteo. Manos á la obra. (Va á hacerle la señal y le toca los labios con el dedo.) Primeramente, aquí...

Celia. (Con tono lastimero.) ¡Presentarme á Alfredo, marcada como los negros!...

Timoteo. Si no quieres, un año mas en el fijo de Ceuta.

Celia. La señal... la señal...

Timoteo. Estáte quieta; no muevas los labios; asi; ya está hecha.

Celia. (Balbuciendo, temerosa de borrar la señal.) ¡Que hermosa fisonomía indiana debo tener ahora!... ¿No es cierto?... Dígame usted la verdad... ¡Dios mio!... ¡Un carruage!... ¡Es él!... ¡Es él!... ¡Oh, cielos!... ¡Presentarme con semejante figura... con el rostro marcado!...

Timoteo. (¡Ja, ja!...) Te dejo á solas con él, querida sobrina. Te advierto, que está comprendido en la apuesta, que lo de la señal debe ser un secreto para Alfredo.

Celia. Convenido tambien.

Timoteo. Dentro de pocos instantes volveré. Si está la señal intacta, matrimonio; si no existe...

CELIA. La jaqueca ; ya lo sé.
TIMOTEO. Adios, sobrina. Hasta despues. (Váse.)

ESCENA III.

CELIA, sola.

¿Puede darse un capricho mas estravagante y cruel que el de mi tio?... Pero no importa ; tendré fuerza de voluntad. La señal quedará intacta. ¡Oh, cielos!... ¡Ya está aquí!... ¡Me falta valor!... ¡No poder ni aun mirarle!.... (Poniéndose la mano en la cara; pero sin tocarse.) ¡Si la señal desaparece, soy perdida!...

ESCENA IV.

CELIA y ALFREDO.

ALFREDO. (Entra precipitadamente, vestido de uniforme de capitan. Celia estará cerca del proscenio.) ¡Ah!... Finalmente ya puedo... (Va al encuentro de Celia.)
CELIA. Véte... aléjate, por caridad. (Sin mirarle.)
ALFREDO. ¡Oh cielos!... ¿Qué ha pasado?... ¡Estoy confuso y no sé!...
CELIA. (Sin mirarle.) Alfredo, yo te saludo. Tengo una gran satisfaccion en que hayas vuelto ; pero si en algo aprecias mi felicidad, no dés un solo paso. (¡Si me viese con esta señal tan fea y negra, quizás dejaria de amarme!...)
ALFREDO. ¡Yo no sé lo que me pasa!... ¿Es este el modo que tienes de recibirme despues de tres años de ausencia?
CELIA. (¡Pobrecillo!) ¡Alfredo, tienes razon ; pero si lo supieras todo!... (Que no se borre la señal, de lo contrario...)
ALFREDO. ¡Pero esto es horrible!... ¡Tu comportamiento es inícuo y tu... (Trata de acercarse á Celia.)
CELIA. Detente ó me harás infeliz.
ALFREDO. (¡Infeliz!... ¡Dios mio!... ¿Acaso ya no me ama?..)
CELIA. (¡Oh!... ¿Porque no estará aquí mi tio para que admire mi firmeza?... ¡Soy mas fuerte que una matrona

romana! (Mirando á Alfredo á hurtadillas.) ¡Dios mio qué guapo está!... ¡Mucho mas que hace tres años!...)

ALFREDO. (¡Me mira á hurtadillas!... Sin duda, trata de ocultarme alguna cosa. ¡Un retrato!... ¡El retrato de mi tio!... ¡Cielos!... ¡Qué rayo de luz!...)

CELIA. (Ha fijado sus ojos en mi... ¿Si habrá visto la marca fatal?..)

ALFREDO. (¿Si se habrá enamorado de mí tio?... El está aun en edad de... y como siempre está á su lado... ¡Qué horror!...)

CELIA. (Tratando de mirarle.) (¡Y no poder ni aun tocarle los galones!...)

ALFREDO. Celia, tú me ocultas un secreto... (Con afeccion.) pero yo lo he descubierto.

CELIA. (¡Ah!... De fijo me ha visto la señal.)

ALFREDO. ¿Nuestro tio?...

CELIA. Si, si... Es mucha verdad. El es la causa de todo.

ALFREDO. (¡Ah!... Mi sospecha es cierta... Por eso me hizo ir al fijo de Ceuta...)

CELIA. Ya tú sabes lo caprichoso que es él.

ALFREDO. Demasiado que lo sé; pero ese ha sido un capricho infame, y tú...

CELIA. Yo no queria, te lo confieso; pero él se empeñó tanto, que por último...

ALFREDO. Acaba...

CELIA. He accedido á todo.

ALFREDO. ¡Gran Dios! ¿Qué es lo que pasa por mí?... ¡Mi razon se extravia!...

CELIA. Pero lo he hecho, en aras de tu amor.

ALFREDO. ¡Vaya un amor!... ¡Bonito amor por cierto!...

CELIA. Si no accedo á su capricho, debiamos permanecer otro año mas separados.

ALFREDO. (¡La ha seducido!... ¡La ha engañado; pero mi venganza será atroz!) ¡Ah, Celia, semejante accion es horrible!... ¡Y yo que solo pensaba, desde hace tres años, en que llegase tan feliz instante!... (Todo el diálogo siguiente en tono lastimero.)

CELIA. (¿Y tengo paciencia para escucharle?...)

ALFREDO. Todos mis pensamientos se concretaban á este solo momento, del cual dependia mi felicidad; por el cual me embriagaba con los ensueños mas lisongeros, con las mas bellas ilusiones. A este instante, el cual me hacia pensar mil veces en tí, y verte, llena de inocencia y de hermosura, salir al encuentro y recibir en tus brazos á tu primo, á tu prometido esposo.

CELIA. (¡Ah, mi firmeza vacila!...)

ALFREDO. A este momento, por el cual he observado, durante tres años consecutivos, una conducta intachable; por el cual, me he separado de todo aquello que podia alejar de mi mente tu imágen divina, pensando solo en cumplir con mi servicio y conquistar el empleo de capitan, para poder gozar dignamente de este instante; por el cual, en fin, he vivido en la soledad, por que ella me dejaba libre la imaginacion para pensar en ti. Durante estos ensueños, mientras asaltaban á mi mente semejantes ideas, yo no veia mas que tu rostro angelical y el caro momento de poderte estrechar entre mis brazos.

CELIA. (¡Yo no puedo mas!... ¡No puedo mas!...)

ALFREDO. Pero una vez que en mal hora has accedido al capricho de nuestro tio; ya que ha desaparecido lo único que me hacia tenerle cariño á la vida, que era tu amor, me ausentaré de nuevo, andaré errante, viviré solitario en el mundo; mejor dicho, buscaré la muerte, primero que vivir de esa manera.

CELIA. (Yo me decido.)

ALFREDO. ¡Pero aun muriendo, jamás desaprobaré tu conducta! ¡Te he querido demasiado, para poder abrigar en mi alma sentimientos inhumanos!... ¡Moriré; pero mi último suspiro he de consagrártelo, pronunciando el nombre de Celia!...

CELIA. (Vaya al diablo el heroismo.) (Va á abrazarle; le coje la cabeza entre sus manos y le da un beso en la frente.) Mi querido Alfredo... Mi idolatrado primo... A lo hecho, pecho... Permaneceremos otro año mas, separados el uno del otro; pero te habré librado de una agonía demasiado larga.

ALFREDO. ¡No comprendo una palabra! ¿Qué significa ese cambio repentino?

CELIA. Si, si, tienes razon. Debia haber tenido mas firmeza, mas fuerza de voluntad. ¿No te parece capricho raro y cruel el del tio, prohibirme que te besara cuando llegases, bajo pena tan severa?

ALFREDO. ¡Pero qué me dices!... ¿El tio?...

CELIA. Si, si. ¿No te lo he dicho ya?... Mírame bien... ¿No ves nada en mis labios?

ALFREDO. Absolutamente nada.

CELIA. ¡Ah, la señal ha desaparecido!

ALFREDO. ¿Pero qué señal es esa?

CELIA. ¡Cómo!... ¿No te has apercibido de ella? Nuestro

tio, queriendo poner á prueba mi firmeza, me hizo una señal negra sobre los labios, para poder conocer por ella, si te habia dado el beso de costumbre, bajo pena de tenerme otro año mas separada de ti, si cuando vuelva la encuentra borrada.

ALFREDO. ¡Oh, dicha!... ¿Y no es mas que eso? ¡Yo que creia!...

CELIA. La señal estaba hecha con ese carbon que yo uso para dibujar, y el beso la ha hecho desaparecer. Ahora, tendremos que sufrir otro año mas de penas y de ausencia.

ALFREDO. ¿Pero dónde está nuestro tio?

CELIA. Se ha retirado á su habitacion.

ALFREDO. ¿Y no tienes otro pedazo de carbon por ahí?

CELIA. Sí, sí; cuantos quieras.

ALFREDO. Ahora bien ¿por qué te afliges, Celia mia? Yo te haré otra señal, en el mismo sitio donde estaba la primera.

CELIA. ¡Y yo estúpida que al pronto no pensé en ello, y te hubiese ahorrado penar tanto!

ALFREDO. Trae un pedazo de carbon. (¡Mucho he sufrido; pero ahora, la felicidad que experimento es indecible!)

CELIA. Toma. (Le da un pedazo de carbon y Alfredo le hace la señal.) Haz la señal. Aquí... Perpendicular... Un poco mas prolongada... Eso es... Está perfectamente.

ALFREDO. ¿No tienes un espejo?

CELIA. No hay ninguno en el estudio.

ALFREDO. ¡Si te pudieses ver con esa línea!...

CELIA. (Con temor.) ¿Acaso te parezco fea?

ALFREDO. Te pareces al sol, eclipsado por una nube pasagera.

CELIA. Pero no en eclipse total ¿no es cierto?

ALFREDO. No digas tal; pero calla, que aquí se dirije nuestro tio.

CELIA. Voy á mi vez á divertirme con él. ¡Qué fácilmente se engañan á los tios! Ahora, nos toca á los dos, señor D. Timoteo. (Se retira del lado de Alfredo.)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos y TIMOTEO.

TIMOTEO. ¡Calle!... ¡Querido Alfredo, ven á mis brazos!...

ALFREDO. Idolatrado tio... ¡Qué placer esperimento al verle!

TIMOTEO. ¿Qué me dices do Celia? ¿Qué te parece? (Celia se ha vuelto de espaldas.) (¿Si creerá que tiene la señal todavía?)

ALFREDO. Su sobrina de usted, amado tio, se ha vuelto insensible. Me ha recibido con una frialdad...

CELIA. (Volviéndose de repente.) Nos casaremos esta semana ¿no es cierto, cariñoso tio?

TIMOTEO. (Riéndose.) ¡Já, já, já!... ¿Quién diablo te ha tiznado de ese modo?

CELIA. ¡Qué pregunta!. . El capricho de usted. ¡Ni aun siquiera se lo he hecho saber al primo!

TIMOTEO. (Riéndose.) Considerando, resultando, visto, etc., Decreto: La señorita Celia se casará dentro de un año con el capitan Alfredo, por haber perdido la apuesta, besando á su primo y permitiendo que le hiciese una señal que jamás existió.

CELIA. ¡Cómo!... ¿Qué me dice?... ¿No habia usted hecho señal alguna?...

TIMOTEO. Ni por pienso.

ALFREDO. (¡Vaya un lance gracioso!)

CELIA. (¡El me la hizo!)

TIMOTEO. ¡Já, já, já!... ¡Qué cara!...

CELIA. (Pues bien, ahora nos toca á los dos.) Considerando, resultando, visto, etc., Decreto: La señorita Celia se casará esta semana con su primo, porque ha seguido las máximas de su tio, quien le ha dicho mil veces que, con tal de salvar la vida á un hombre, está permitido poner por obra, cuantas cosas sean necesarias de menor cuantía; y como quiera que el capitan Alfredo queria darse la muerte, ha traspasado los límites de un capricho y le ha devuelto la vida con un beso.

TIMOTEO. Querida sobrina, aunque hubieses perdido la apuesta, yo no hubiera tenido corazon para veros infelices por mas tiempo.

CELIA. (Abrazando á Timoteo.) Querido tio... un beso.

TIMOTEO. No hagas tal, que me tiznaria la cara.

CELIA. ¡Bondadoso tio, si todos los besos dejasen una señal negra, á cuántos veriamos con señales de carbon!

(Al público.)

La comedia aquí termina,
y si acaso les gustó,
aplaudan, pero no poco,
á los tres y al traductor;
que en pago de esas palmadas,
por él, por mí, y estos dos,
tengo el encargo de darles
este beso... de ilusion. (Lo hace.)

FIN DE LA COMEDIA.

